

LECTURA IV

Progreso

SEÑORES:

Desde que los antiguos formulaban su famoso axioma, que la naturaleza no procede á saltos, hasta que Darwin ha avanzado sus hipótesis humillantes,—los pensadores han operado sobre un caudal de datos, del cual han inducido teorías más ó menos temerarias, lógicas ó caprichosas, y que un expositor moderado y sesudo de las ciencias naturales,—Marcelo de Serres,—catalogaba no ha mucho para demostrar que en la prodigiosa variedad de formas que tiene la vida, todo se eslabona y ha remontado de lo simple á lo compuesto, desde las primeras edades geológicas hasta el período humano de la tierra, en una escala perceptible en cualquier época, y que vincula la yerba con la encina y las generaciones microscópicas con las especies más fuertes y perfeccionadas. He aquí la idea más extensa del progreso;—pero ella se refiere al conjunto de la

naturaleza, no á los individuos; y ningún antecedente experimental puede acreditar la teoría de la convertibilidad de las especies ni la progresión de cada una de ellas ó de sus tipos. El primer sujeto susceptible de progreso individual y solidario aparece en las cumbres de la vida: es el hombre, iniciado en los secretos de su naturaleza y libre cooperador en las funciones armónicas del universo. Para distinguir su condición de la condición de todos los demás seres animales, inmovilizados dentro de una esfera que llamaríamos rutinaria,—si no fuera rigurosamente lógica con su esencia,—no necesitáis prolijas indagaciones, en las primitivas edades de la historia. La noción de la inteligencia y la noción de la libertad serían palmariamente absurdas si, en relación con una criatura imperfecta, no se resolvieran en esta otra noción sintética: la perfectibilidad. Y bien,—la perfectibilidad no es sino el progreso indefinido del pensamiento y de la conciencia.—Por otra parte nuestra raza está desigualada en razón de la diversidad de influencias á que obedece en distintos centros de sociedad, y reúne en un mismo instante histórico individuos y grupos que ocupan todos los grados que puede recorrer la civilización, como si quien la crió y dirige quisiera hacer patentes sus fuerzas y sus leyes, al modo en que se revelan juntas las formas biológicas por la existencia simultánea de todas las categorías de seres vivos y sensibles. La sociabilidad rudimentaria y la ignorancia física y metafísica de la tribu nómada

muestran al hombre en su punto de partida; las comunas patriarcales y taciturnas de la Rusia le revelan en sus estados intermedios, y los grandes focos de la cultura moderna en su más alto esplendor, con todos los prestigios de la ciencia, el refinamiento moral y el bienestar, mezclados en dosis desiguales con impotencias, depravaciones y amarguras, que confirman, lejos de destruir, esta ley, signo de nuestra grandeza y de nuestra pequeñez, que nos exalta y nos abruma, que es una ley sublime y una ley implacable. El progreso es un don que sobrepone el hombre á toda criatura imaginable; pero es también un deber rígido y una condición acerba, que doblan el sér humano bajo el peso de la tarea cuando brotan las flores y cuando amarillean las hojas en la rama medio desnuda, desde la aurora hasta el ocaso de la vida, mientras por la atrofia de un cerebro periclite una civilización, mientras la balanza moral se altere bruscamente, mientras una nube sombree un misterio,—siempre,—porque el hombre sólo progresa porque duda, sólo es perfectible porque es imperfecto.

He ahí, señores, el principio que los autores el *Dogma* expusieron bajo sus tres facetas: individual, social y política, en el capítulo que vamos á analizar esta noche.

El *Dogma socialista* no discute la ley del progreso. La afirma netamente, y hace bien; por-

que es una idea que se impone al espíritu y le subyuga cuando no está enfermo por preocupaciones escolásticas. Un hombre es un pensamiento y una conciencia. Se conoce como sujeto, conoce lo objetivo, discierne sus nociones y se levanta hasta concebir lo bueno y lo malo. Ahora, no podéis negar que un sér inteligente sea un ser progresivo. Negándolo quedan sólo dos hipótesis en que escoger: ó se inmoviliza ó retrocede. Aceptando la primera, suponéis que la criatura humana puede, en sus condiciones históricas, agotar todas sus esperanzas apoderándose de todos sus ideales, ó que en una circunstancia dada ha llegado á este *summum* de vida. Desde ese momento, toda acción sería estéril, cualquier esfuerzo sería vano y sin objeto. Un silogismo más, y llegáis al fatalismo, contra el cual protesta el sentimiento primitivo de la libertad que caracteriza y constituye la conciencia del hombre. El movimiento general de nuestra especie no concurre menos poderosamente á destruirle. La teoría de Juan Bautista Vico es insubsistente. Explicando una evolución histórica que tiene por remate culminante y punto crítico la aparición del cristianismo, ha consignado un fenómeno; pero presumiendo establecer una ley sobre una sola experiencia y un dato reducido, no sólo ha roto con los principios de la lógica, sino que además se estrella contra todos los antecedentes experimentales que ilustran la filosofía de la raza humana. La decadencia de los imperios antiguos y la caída de los romanos,

la transformación de las sociedades particulares, en ninguna manera arguyen que la humanidad esté condenada á recorrer perpetuamente un círculo de crecimiento, apogeo y degeneración que en el fondo no importa sino la inmovilidad,—puesto que en medio y á consecuencia de todas esas peripecias, sube lejos de bajar el nivel común de la inteligencia, y los pueblos que sustituyen á los que se abisman, aprovechan su civilización, se la asimilan y la superan; y así, se dulcifican las pasiones, aumenta el valor moral de la raza, y para decirlo en una palabra,—la humanidad progresa. No me guarezco en la petición de principio. El progreso es evidente, y lo evidente se prueba por sí mismo.

Prescindamos de las ilustraciones históricas, y encerrándonos en lo individual, preguntemos si es la inmovilidad, si es la decadencia, el resultado de nuestra actividad intelectual y moral?... El hombre en la primera infancia ve fugitivamente reflejados en su conciencia todos los conceptos del mundo externo: ni abarca su noción, ni conserva su recuerdo; pero á medida que avanza en edad, y que sus facultades se maduran y ejercitan, domina las ideas, las expone por medio del lenguaje y las incorpora en un complejo de conocimientos que después clasifica abstrayendo, y de grado en grado llega hasta dilatar su mente por el vasto universo de lo visible y de lo invisible. Sensitivo en la niñez, imaginativo en la juventud, reflexivo en la virilidad,—el hombre, con tal que no enerve su espíritu en la apatía ó

en frivolidades,—prograsa constantemente; y cuando los cabellos abandonan la frente, cuando los negros bucles que sombrearon mejillas tersas ayer y hoy marchitas, se blanquean como si el frío de la tumba próxima comenzara á helarles,—entonces, señores, suscita las gloriosas contemplaciones que encantan la ancianidad; los fuertes por la plenitud de la vida y el ímpetu de la carrera ascendente veneran esta fuerza misteriosa y sublime envuelta en la debilidad del viejo. Ah! es que el espíritu se emancipa mientras los hombros se doblan: es que el alma se dilata en contacto con la muerte y el infinito y se cierra vivificada por la experiencia, por el dolor y la esperanza mientras los órganos se paralizan y las moléculas del gretado vaso que la encierra comienzan á desprenderse para buscar nueva forma.

Sí, señores, la historia y la conciencia patentizan la ley del progreso. La inmovilidad y el retroceso son igualmente absurdos. Pensar para decaer en el pensamiento, sentir condenados á sentir depravadamente, para paralizarse en un concepto ó en una forma de sensibilidad, sería vivir bajo una ley contradictoria que destruye toda idea y la ciencia de las ideas, toda convicción y todo criterio, la moralidad y la estética.

Ahora,—la noción del progreso vacila en teoría por una doctrina que se presume ser excluyente de él, y por una fórmula que le incompleta. Ambas reposan sobre fundamentos falaces.

Me refiero en primer lugar, al misticismo.—

¿Qué es,—ante todo,—el misticismo?... Rigorosamente no es una doctrina, es un estado psicológico, una forma anormal y rara del espíritu humano. Perturba las proporciones ordinarias de las facultades, exagera la imaginación, la sensibilidad, absorbiéndolas en una contemplación,—el concepto religioso de las cosas sobrenaturales. Difiere de la poesía en que, bajo su influjo, el campo de la fantasía es restringido por la razón perentoria de lo divino,—mientras que el poeta le tiene abierto para todas las volubilidades del espíritu y todas las excelsitudes y desarreglos de la pasión sin tasa ni límite. Los grandes místicos son grandes poetas, al punto que ni aun la forma artística de las profecías, por ejemplo, puede ser superada,—porque jamás lo será en intensidad el esfuerzo contemplativo de las almas que viven perpetuamente arrobadas en los misterios superiores.—Cualquier aplicación, con tal que sea noble,—de las facultades humanas, es conciliable con el progreso y es en sí misma un progreso: observación tanto más palmaria respecto del misticismo si tenéis en cuenta que en sus éxtasis no se busca sino una vía de perfeccionamiento moral. Yo sé que es lo propio de este estado del espíritu desnudar al hombre de todos los afanes y las inquietudes que llenan el alma en la vida ordinaria; pero de aquí no se concluye que entrañe el quietismo. Todas las realidades comunes, por exigentes que sean, desaparecen ó disminuyen á la vista de quien quiera que remonta el vuelo hasta lo

absoluto y se sostiene en la contemplación abstracta, como se borran ó atenúan á la vista del místico: Kant no era hombre más *práctico* en este sentido que San Juan el Evangelista.— La renuncia de todo interés inmediato y de todo goce pasajero no desvincula tampoco del resto de la raza, que se atarea en provecho personal y común, á las almas escogidas capaces de tamaña victoria.— Su ejemplo y su palabra son un llamamiento hacia los altos ideales, nunca más necesario que cuando éstos se desvanecen en los horizontes vulgares: cuando los caracteres se debilitan gastados por el vaivén de las cosas fugitivas ó de los apetitos sordidos. De esta suerte, señores, contribuye el misticismo, como la poesía, como la ciencia pura, á realzar el nivel de las tendencias, á templar los corazones abatidos y equilibrar los elementos de la civilización. En consecuencia, — no sólo es falso que destruye el principio del progreso en el individuo, — sino que es verdad que coopera positivamente al progreso colectivo.

Resistamos al encanto de las palabras sonoras que reciben su prestigio de su propia obscuridad y de fanatismos vulgares. Si preguntarais ¿cuál es la condición cardinal del progreso para el hombre? millares de charlatanes se atropellarían á responder: la libertad del pensamiento. Confieso que no percibo el valor de esta máxima. Si por libertad de pensar se entiende la ausencia de trabas á la elaboración mental, la fórmula es insignificante, porque es absurdo el

concepto de todo estorbo puesto al pensamiento, y hay necedad en reclamar que desaparezca lo que no existe por imposibilidad absoluta. Si se entiende la libertad de manifestar el pensamiento, entonces la fórmula no afecta la vida individual; coloca la cuestión en el terreno de las relaciones sociales, y antes que en el progreso personal, influye en la civilización de los pueblos; sale de la filosofía para entrar en la política, y en tal caso necesita combinarse con todos los principios de la soberanía y del gobierno.— Si, por fin, implica una libertad intrínseca del pensamiento, entonces contiene una extravagancia. El pensamiento no es libre en ese sentido y en esa extensión. Hay evidencias de percepción y evidencias racionales que le subyugan; sigue en sus operaciones discursivas procederes que son sus leyes formales y que no puede infringir sin precipitarse en el error: la ciencia de estas leyes se llama la *lógica*. No es, pues, una libertad de este linaje el resorte del progreso. Al revés, — como Kant lo demuestra palpablemente, ⁽¹⁾ — siempre que el espíritu se emancipa de la lógica y de los axiomas incurre en la *incredulidad racional*, que le lleva irresistiblemente á la negación de todo freno moral; y en tal extremo, las sociedades alarmadas, exceden su derecho de coartar la difusión de máximas y ejemplos disolventes y atacan de raíz la liber-

(1) V. Kant—*¿Qué es orientarse en el pensamiento?*—Frag. Loj. 1786.

tad de la enseñanza y la libertad de la palabra. Luego, si esta fórmula es incompleta y equívoca, debemos sustituirla diciendo, que la condición del progreso es el cultivo mental, el afán por penetrar en los secretos de la naturaleza en cuya eminencia está colocado el hombre, por fortificar las facultades en que se refleja Dios y esclarecer su divina imagen estampada en nuestra razón y en nuestra sensibilidad: por educarnos á nosotros mismos, acentuar nuestro carácter y aplicar las fuerzas, cuya preponderancia en su sér puede discernir todo el que sabe estudiarse,— á nuestra mejora y á la elevación de cuánto, inmediata ó remotamente, cae bajo nuestra influencia.

Tal es, si no me equivoco,— la verdadera condición del progreso personal, que los autores del *Dogma* no formalizaron correctamente. El ideal del progreso surge naturalmente de ella; y por consiguiente, podemos rechazar categóricamente otro error del *Dogma*. « Todos los conatos del hombre y de la sociedad,— dice,— se encaminan á procurarse el bienestar. » Véis reaparecer aquí el utilitarismo. Repelámosle una vez más. El ideal del progreso es el perfeccionamiento á que debe aspirar el hombre sacrificando sus intereses fugitivos en los altares del deber y de la verdad: en el amor común y en las inmolaciones de la adversidad. Se confunde con el principio moral,— porque la moral es la ley y el progreso es el camino para la noble naturaleza de los seres racionales.

Tampoco ha sido explícito el *Dogma* al encarar el progreso bajo el aspecto que roza con la sociedad, y esto debe, á la verdad, sorprendernos, puesto que fijaba las líneas de acción política de una generación. En efecto, respecto de la sociedad, como respecto de los individuos, la teoría del progreso puede condensarse en los breves términos en que la refundía Fichte ⁽¹⁾, y que posteriormente han reproducido Courcelle Seneuil ⁽²⁾ y Pelletan ⁽³⁾: *acrecentamiento de vida*; pero si esto basta para la solución abstracta de la dificultad, dista mucho de ser suficiente para su resolución positiva.—¿Bajo cuántas y cuáles formas concretas se determina la vida de las sociedades? El *Dogma* prescindió de esta cuestión complementaria que debía analizar preferentemente, si aspiraba á ser eficaz y producir otra cosa que máximas declamatorias.

La vida de las sociedades se revela en su cultura intelectual, en su moralidad y en su riqueza;— y no puede iniciarse un movimiento poderoso y duradero de civilización sin discernir los elementos en que se descompone cada una de sus facetas y precisar los medios de fomentar su incremento.

El esplendor científico que brilla sobre las cumbres de una sociedad es un resorte de progreso humanitario antes que de robustez nacional, y fomentarla manifiesta más bien filantropía

(1) *Destino del hombre.*

(2) *Science sociale.*

(3) *Le monde marche.*

que patriotismo, cuando grandes desniveles en la propagación de los conocimientos dejan en tinieblas la masa que se agita en su fondo sin que la penetre ni la bañe un rayo de las iluminaciones superiores.—Hay, pues, dos formas de cultura intelectual, que podemos representar en las academias y en las escuelas: la cultura de los espíritus escogidos ó afortunados, la cultura de todas las inteligencias, cualesquiera que sean su índole y extensión. Esto es lo que realza la capacidad común y constituye la fuerza de las sociedades, que se perturba ó enerva por el contraste entre la barbarie de las muchedumbres y la arrogancia de la aristocracia intelectual ex-tasiada en todas las esplendideces del pensamiento. Poco influye en el vigor social la existencia de muchos sabios, con tal que haya muchos ignorantes, mientras que al contrario, donde hay pocos ignorantes, aunque haya pocos sabios, tendréis una sociedad, menos exornada, pero más robusta. De aquí, señores, dos medios diversos de levantar el elemento intelectual de las civilizaciones: el cultivo de las ciencias y las artes, la educación universal.

La moralidad abarca también en el estado social más de una forma. El hombre es en él ejemplo que escandaliza ó edifica; sus acciones, por la publicidad que tienen, y por su contacto con todos los intereses que se traban en la unidad civil, pierden su carácter de actos, digámoslo así, inmanentes, para transformarse en *costumbres* sujetas al criterio público.—Por otra

parte, la simpatía adhiere entre sí á todos los que se nutren de una misma noción teológica; y como todos los hombres se reconocen iguales y se sienten hermanos cuando despejan en su espíritu la idea de Dios y de las relaciones de Dios con la creación,—á medida que se aumentan los caracteres comunes que esta idea suprema tiene en las conciencias, los vínculos fraternos crecen y se estrechan: las atracciones difusas se condensan, nacen las Iglesias y la oración solitaria se convierte en culto público.—Hé ahí otra forma de moralidad.—Y por fin, cada relación humana enciende un amor en el corazón y revela al espíritu la luz de un deber. Si el salvaje ama su gruta y su selva, si todos estamos vinculados á la tierra, feliz ó infortunada, en que nos acarició el primer soplo del aire, y cuyo recuerdo, estemos próximos ó lejanos, se asocia á todas las memorias infantiles del afecto, del placer y de la angustia,—basta la persistencia y la universalidad de este sentimiento para aceptar como natural el amor de la patria y como legítimos los deberes que él nos descubre cuando nos impele á sacrificarle todo excepto la justicia. El civismo es, por lo tanto, —la tercera forma de la moralidad social concurrente al progreso porque dilata y fortifica la vitalidad de los pueblos.

Mencioné, en tercer lugar, la riqueza.—Entiendo por riqueza aquella distribución media de recursos que permite á todos ó á la mayor parte satisfacer sus necesidades con el menor